

bolchevique, que inmediatamente se tradujo en un enorme fortalecimiento de la posición del Partido Comunista Mexicano en toda la vida del país. Pudimos apreciar esto durante el transcurso de las discusiones. El Partido mexicano no sólo ha obtenido el apoyo y el prestigio de las bases, sino que también, con el mismo acto de criticarse públicamente, estaba afianzando su prestigio en todo el país. Creo que los líderes del partido mexicano sintieron esto con claridad. Nos lo confiaron durante las conversaciones que tuvimos. Ninguno de ellos sintió que el consejo que le habíamos dado era de alguna manera una imposición de nuestra autoridad sobre ellos, lo que por supuesto no existió. Todo fue aceptado como una forma normal de colaboración fraternal entre dos partes iguales. Esto es particularmente importante porque conocemos de la larga tradición de interferencia norteamericana en las políticas de Latinoamérica, lo que ha hecho a todos los latinoamericanos muy sensibles a la participación activa de los estadounidenses en sus candentes e importantes cuestiones políticas. Estoy feliz de poder decir que no hubo ni una muestra de resentimiento entre los cuadros dirigentes del partido mexicano, y todo el trabajo del Pleno se realizó en el más alto espíritu de ayuda.

Hubo una espléndida reunión masiva que se celebró la noche que yo partí y en la que hablé. La reunión no tenía para cuando acabar. Sé por informes que han llegado desde entonces que la primera parte del acto terminó completamente cuando yo hablé. La convocatoria para este acto se hizo con un par de días de antelación; se anunció con algunos carteles, y en el periódico de la mañana. Los pasillos estaban repletos de gente, y se paraban también alrededor del salón, mientras que cientos no pudieron entrar. Fue una gran demostración de la posición que tiene el partido mexicano en la ciudad y un buen augurio para llevar a cabo de forma exitosa la política adoptada en el Pleno.